

44
IGNACIO CALVO

431

PONCIO MEROPPIO PAULINO Y THERASIA CRESCENTE

ORÍGENES DE LA DIÓCESIS MADRID-ALCALÁ

(TIRADA APARTE DE LA REVISTA DE LA BIBLIOTECA
ARCHIVO Y MUSEO DEL AYUNTAMIENTO
DE MADRID)



MADRID
IMPRENTA MUNICIPAL

1925

IGNACIO CALVO

PONCIO MEROPPIO PAULINO Y THERASIA CRESCENTE

ORÍGENES DE LA DIÓCESIS MADRID-ALCALÁ

(TIRADA APARTE DE LA REVISTA DE LA BIBLIOTECA
ARCHIVO Y MUSEO DEL AYUNTAMIENTO
DE MADRID)



MADRID
IMPRENTA MUNICIPAL

1925

PONCIO MEROPIO PAULINO Y THERASIA CRESCENTE

ORÍGENES DE LA DIÓCESIS MADRID-ALCALÁ

I

La historia eclesiástica de la Villa y Corte necesita también, como la civil, un recorrido de pies a cabeza que la ponga al nivel de las actuales exigencias de la vida cultural, y como hasta la fecha no creo se haya emprendido la tarea que precisa ese recorrido, es necesario estimular a quienes tal obligación incumbe para que, en vista de algunos materiales útiles, se decidan a la construcción del oportuno edificio.

La consagración de Madrid como capital de diócesis eclesiástica no es ocurrencia del año 1884 en que empezó la actual, sino de principios del siglo xvi, en cuyo tiempo el emperador Carlos I de España hizo un intento para esta creación, que se malogró, lo mismo que otros parecidos de sus reales sucesores.

Exigencias vitales para la capital de España hicieron que en el reinado de Don Alfonso XII se crease la nueva diócesis, enlazando su origen moderno con el recuerdo, o mejor dicho, con la antigua y gloriosa historia de la diócesis de *Complutum* (Alcalá de Henares), de forma que ésta fuese una continuación o enlace natural de aquélla, y por esa razón, la actual no se denominó diócesis de Madrid sino de Madrid-Alcalá.

En este asunto intervinieron eclesiásticos de gran saber y de un modo especial el entonces vicario eclesiástico de Alcalá, Sr. Esperanza, que publicó un trabajo muy luminoso y razonado defendiendo la necesidad de que la nueva diócesis ostentase el nombre que actualmente lleva.

En aquel tiempo no había invadido todavía a los cerebros estudiosos la comezón por las investigaciones del detalle histórico y se

concretaron a emitir los datos más salientes que de historia eclesiástica carpetana se conocían y que se consideraron suficientes para decidirse por el nombre antedicho; pero hoy, en que las historias exigen filigranas de investigación, siempre que procedan de buena fuente, creo llegado el tiempo de sacudir mi dormida audacia a fin de que en su primer desperezo acople las deshilvanadas notas que tengo reunidas acerca de este asunto tan de mi tierra y, con un poco de buena voluntad, las vaya enhebrando en un artículo que pueda ser leído sin tedio por quienes se interesan en la historia de nuestros antepasados. Tengo el convencimiento de que tales notas no están aun suficientemente acrisoladas, pero sí las encuentro muy avenidas con las leyes de lo verídico y, por tanto, me atrevo a publicarlas, prefiriendo ser tachado de historiador atrevido a ser motejado con el remoquete de cura poltrón.

II

En el último tercio del siglo iv vivía en *Complutum* (Alcalá de Henares) un rico y poderoso magnate llamado Flavio Crescente, el cual, como toda su familia, profesaba y practicaba las leyes del cristianismo, muy extendido ya en esta región de la Carpetania bastante antes de que Daciano martirizase en el año 303 a los santos niños complutenses Justo y Pástor. Como prueba de este aserto quiero divulgar la tradición referente al actual pueblo de Santorcaz, que dista catorce kilómetros de Alcalá de Henares, donde dicen acabó sus días el Centurión que mandaba el núcleo de soldados que asistieron a la crucifixión del Salvador del mundo y que al verle expirar dijo: «Verdaderamente este es el Hijo de Dios».

Volviendo al magnate de Complutum, Flavio Crescente, se sabe que era viudo y tenía una sola hija llamada Therasia, cuya belleza corporal era de tal cuantía que, en alas de sus no menos bellas cualidades morales, llegó a ser famosa hasta más allá de los montes Pírneos, como se deducirá después.

Therasia, que también era ferviente cristiana, quedó huérfana, por muerte de su padre, cuando apenas había cumplido los diez y ocho años y había llegado al punto culminante de su virginal hermosura.

En esta, para ella inmensa desgracia, sirviéronla de poderoso aliento los piadosos consejos que de continuo la prodigaba un venerable sacerdote llamado Asturio, gran amigo del finado, Flavio Crescente, a quien en su última enfermedad y muerte acompañó con cristiana asiduidad, administrándole los últimos Sacramentos y confortándole con los demás auxilios de la religión del Crucificado.

Este santo varón, al que Flavio encomendó eficazmente el cuidado de su hija, residía en Complutum dedicado exclusivamente al cumplimiento de sus deberes sacerdotales y a la piadosa investigación del lugar exacto, y en aquel tiempo desconocido, en que estarían sepultados los inocentes mártires Justo y Pástor, a cuyo último ejercicio le movía una revelación divina de la que San Ildefonso, Arzobispo de Toledo, da cuenta en la vida que escribió de Asturio, dos siglos después, y cuya revelación, dice, era asegurada por constante tradición.

Siendo este egregio sacerdote el primer prelado de la diócesis de Complutum y el más hondo fundamento para la historia de la de Madrid-Alcalá, conviene aclarar algunos datos de su vida, los cuales apenas están esbozados en las historias anteriores; por esto, en el párrafo que antecede, he traducido casi literalmente las palabras de San Ildefonso, que sirven de apoyo al principal objeto de este trabajo.

Dice el santo arzobispo de Toledo refiriéndose a Asturio:

«Cum sacerdotio fungeretur divina, dicitur, revelatione commonitus complutensi sepultos municipio Dei martires perscrutari.»

Se ha dado como verídico, aunque sin prueba suficiente, que el descubrimiento de la sepultura de los Mártires de Alcalá lo realizó Asturio siendo ya arzobispo de Toledo, y de esa improbada noticia resulta que no se pueden coordinar ciertos hechos acaecidos en aquel tiempo y de los cuales se tiene absoluta evidencia; por tanto, está más conforme con la historia el atribuir el hallazgo al tiempo en que Asturio era simple sacerdote, lo cual, lejos de oponerse, parece corroborar lo escrito por San Ildefonso cuando dice: *Cum sacerdotio fungeretur*; de este modo se desarrolla con más naturalidad el relato que subsigue.

Como de costumbre, en otras anteriores, una tarde, el antiguo

servidor de la casa, Egnatius, anunció a Therasia la llegada del venerable Asturio, y la joven, que dos horas hacía estaba orando en la capillita de su casa, manifestó deseos de salir al jardín a respirar aire libre, y así rogó al buen sacerdote la esperase en un montículo del mismo jardín en donde su padre había instalado un rústico mirador cubierto con frondosas parras y plantas trepadoras.

En este ameno y apacible lugar la entrevista se desarrolló con menos lágrimas, porque cundió la fe y se acrecentó la esperanza; desde aquel sitio la vista de Therasia, obedeciendo a un misterioso impulso, se fijaba con insistencia en el disco del sol que se acercaba a su ocaso y los ojos de Asturio se clavaban obstinadamente en un cer cano montón de escombros que cubrían parte del llamado *Campum laudabile*, donde estaban ocultos los cuerpos de los Niños Mártires.

—No sé por qué me conmueve, entristeciéndome —dijo Therasia—ese sol que va a trasponer las altas sierras que tenemos enfrente.

—Nada sucede—contestó el sacerdote—fuera de los designios de la Divina Providencia y fijo en esta idea paréceme oír una voz interior anunciando que ya empieza a manifestarse la voluntad de Dios en dos próximos acontecimientos de gran transcendencia para nuestra sacrosanta religión y en los cuales tú y yo seremos principales agentes.

—No veo—replicó Therasia—la relación que pueda tener con ellos mi conmoción ante la marcha del sol hacia su ocaso.

—Sólo es propio de Dios—contestó Asturio—conocer claramente el futuro y no se debe tentar a su Providencia, pretendiendo escudriñar sus ocultos misterios; sin embargo, pudiera servir de alguna explicación el suponer que al otro lado de esas montañas que el sol traspone, tal vez esté la causa de tu actual emoción y soterrada bajo ese montón de escombros se encuentre la luz que hasta allí arrastra mis miradas. La inmensidad de Dios nos atrae en estos momentos; levantemos nuestro espíritu hasta El y postrados de hinojos digamos de corazón lo que María Santísima dijo ante el anuncio del Angel: He ahí dos esclavos del Señor, hágase en nosotros su Santa voluntad.

Hechos posteriores confirmaron la visión profética del venerable sacerdote.

III

En este tiempo andaba revuelta la política en el Occidente del Imperio romano con motivo del asesinato de Graciano, ocurrido en Lyon de Francia en el año 383, por instigación del español Magno Máximo, que sucedió en el Imperio a su víctima, y que al verse en la cumbre del poder empezó a sentir el miedo propio de cuantos escalan una altura encaramándose sobre un rimero de calaveras, y para combatir a este fantasma del miedo, Magno Máximo ordenó que varios emisarios suyos recorriesen las Gallias para la captura de partidarios de Graciano que pudieran vengar el asesinato de su jefe. Entre los más acérrimos adictos del asesinado Emperador se distinguía el joven Poncio Meropio Paulino (1), natural de *Burdígala* (Burdeos), de familia senatorial y ex cónsul sustituto de la provincia de Aquitania.

Este joven galo, que entonces contaba la edad de treinta años, trató de esquivar los vejámenes a que le hubieran sometido los emisarios del usurpador imperial y salió de su patria para trasladarse a España con el fin de evitar las primeras y más enérgicas persecuciones de su enemigo.

A esta venida al país ibérico, alude sin duda en uno de sus versos cuando dice:

Trans juga Pirenos adii peregrinos iberos.

Después de traspasar las cumbres de los Pirineos, Poncio Meropio Paulino siguió la vía militar romana que cruzaba las poblaciones: *Jacca*, *Ebellinus*, *Foro Gallorum*, *Gallium* y *Cæsar-Augusta*, en cuya última población se detuvo.

Era esta ciudad el punto más a propósito para obtener prontas y seguras noticias acerca de los dos principales asuntos que entonces le preocupaban. Uno de ellos era saber el estado de sus haciendas en Burdeos, encomendadas desde su salida a la vigilancia de su anciana madre y otro no menos importante, aunque más secreto, el de cercio-

(1) Graciano fué discípulo lo mismo que Paulino, del célebre Décimo Magno Ausonio.

rarse de si el cariño ya manifestado a la hermosa doncella complutense, Therasia, era correspondido.

Respecto al primero quedó enterado por una epístola de su maestro Décimo Magno Ausonio en que le decía que todos sus bienes habían sido confiscados, repartidos y destrozados:

«Raptam, sparsamque domum laceratamque centum.»

Consecuencia de tan nefasto acontecimiento era el abandono en que se vería la venerable madre de Paulino, en cuyo auxilio hubiera volado si se dejara llevar de su primer impulso al leer la carta de su preceptor.

El otro asunto de interés, ya expresado, estaba envuelto en el más cerrado silencio. Por la vía romana que enlazaba a César Augusta con la ciudad de Complutum, no comparecía el emisario conductor de la anhelada respuesta de Therasia a Paulino y éste empezó a sentir en su espíritu fogoso y vehemente esa lucha horrenda de la que tan pocos escapan en el mundo: la del amor hacia la mujer que se llama madre y hacia otra mujer a la que se aspira a nombrar esposa; y este vigoroso joven, al que unos llaman escultor de la palabra escrita y del que San Gerónimo habla con tanto elogio que dice de él: «Le quisiera ver más que por las cumbres del Helicon, por las cimas de los montes de Sión y del Sinaí»; hace un nuevo esfuerzo y escribe a la doncella complutense para que se digne decidir con la prontitud posible en aquel trance de amor a que las circunstancias le han llevado.

La decisión de Therasia exigía más espacio de tiempo que el deseado por la viva imaginación del poeta aquitano, pues aunque ambos coincidían en la nobleza de su origen, en la dignidad de su estirpe y en la opulencia de su fortuna, disentían, sin embargo, en sus creencias religiosas; Paulino pedía protección a Júpiter, a Marte, y en la epístola amorosa dirigida a Therasia rogaba a la diosa Juno que le fuera propicia; Therasia, en oposición a su pretendiente, antes de escribir su resolución, se postraba muchas veces ante la imagen de Jesucristo y oraba ante ella poniendo para intercesores de sus plegarias a la Santísima Virgen y a los santos de la religión cristiana.

La respuesta definitiva que recibió Paulino de su elegida, fué dictada de acuerdo con el parecer del venerable Asturio, y en ella decía que, aunque deseaba corresponder dignamente a tantas pruebas de

cariño, no podría sufrir unirse con él en matrimonio legal, prescindiendo de los ritos exigidos para este Sacramento por la religión cristiana.

Esta respuesta de Therasia se deduce lógicamente de este verso que consta entre los de Meropio Paulino y en el cual, aludiendo a su enlace con la hija de Flavio Crescente, dice:

«Me thalamis, lege humana, jugari passus es» (1)

Lo cual, en castellano, quiere decir: Tú sufriste unírte conmigo matrimonialmente, en conformidad al uso corriente en las leyes humanas.

La contestación enviada por la doncella complutense a Paulino levantó una nueva tempestad amorosa en el alma del joven aquitano que por vez primera empezó a sospechar si sus creencias religiosas serían menos dignas que las profesadas por Therasia; ya que a ella, como joven de sublime talento, no se la podía amarrar con doctrinas sin fundamento sólido y elevado. Tal vez la explícita resistencia de la joven cristiana y que para un adocenado constituiría una sombra, fué para Paulino una luz que penetró hasta el fondo de su alma y la caldeó lo suficiente para sacarla del desprecio, trasponiendo más allá del límite de la indiferencia; por esto necesitaba algo más que escribir: necesitaba hablar, discutir, convencerse de que una mujer educada en las doctrinas de la nueva religión, pudiera ser capaz de sacrificar el cariño de un hombre como él ante el altar de una imagen del que

(1) Para inteligencia de las palabras latinas: *lege humana, jugari*, conviene saber que en este tiempo los pueblos paganos dependientes de Roma tenían tres modos de contraer matrimonio legal, distinguidos, respectivamente, por las palabras: *Usus, confarreatio y coemptio*.

El primero, o sea *Usus*, se verificaba cuando una soltera, consintiéndolo sus padres o tutores, vivía con un hombre durante un año, con el objeto de casarse con él (*matrimonii causa*) y no faltando tres noches a la casa se hacía su esposa legítima o propiedad suya por prescripción.

El segundo modo, *confarreatio*, tenía lugar cuando el Sumo Pontífice o el sacerdote de Júpiter habían consagrado el matrimonio delante de diez testigos, por lo menos, pronunciando una fórmula pontifical y comiendo parte de una torta hecha de agua, sal y harina de flor que llamaban *far* o *panis farreus*, que ofrecían juntamente con un carnero en sacrificio a los dioses.

El tercer modo, *coemptio* (especie de compraventa) ocurría cuando el hombre y mujer que querían casarse se daban el uno al otro una moneda, diciendo el hombre: «¿Quieres ser para mí madre de familia?» y la mujer: «¿Quieres ser para mí padre de familia?» y si la respuesta de ambos era afirmativa el matrimonio quedaba legalizado, porque desde entonces la mujer adquiría sobre su esposo los derechos de hija y el hombre debería servirla de padre.

El lector deducirá, fácilmente, qué forma de matrimonio legal tuvo el de Paulino con Therasia.

murió crucificado; y en alas de esta necesidad voló hacia Complutum, después de escribir a su maestro Ausonio cuanto en el interior de su alma sentía y previniéndole no extrañase la falta de correspondencia durante el tiempo que tardase en resolver el problema de ansiedad a que le había llevado el cariño de aquella joven cristiana.

Siendo el objeto de su proyectado viaje una especie de aventura, no hizo los preparativos que en otros acostumbraba y tomando lo estrictamente necesario salió de César-Augusta no por la vía principal romana en la que de continuo pululaban las tropas legionarias del usurpador Magno Máximo, sino por otras secundarias que con poco rodeo conducían al lugar por él apetecido. Entre estas vías de segundo orden existía una, todavía poco estudiada hoy, que desde muy al saliente de *Segontia* iba casi paralela a la principal, siguiendo en su mayor trayecto la orilla derecha del río *Tagonium* (hoy Tajuña). Por este camino transitaba Paulino, procurando evitar encuentros que entorpeciesen el resultado a que aspiraba; así, que tanto en el camino como en las mansiones de descanso, sus palabras eran las exclusivamente precisas para no desorientarse. En llegando a un sitio, entre los actuales pueblos de Carabaña y Tielmes, divisó un *carpentum* (carro de dos ruedas) que venía por otra vía secundaria desde la parte de Complutum y no pudiendo dominar la emoción que le produjo aquel vehículo, dijo al conductor y alquilador del mulo en que cabalgaba: Llévame a descansar a la mansión (posada) en que se detenga ese *carpentum*. La orden fué cumplida.

Cuando la noche alcanzaba su mayor silencio se oía este diálogo en la ya solitaria cocina de la mansión en la que ardían dos gruesos troncos de encina:

«—Mi silencio lo motiva la preocupación de encontrar aquí datos fehacientes acerca de dos niños martirizados por Daciano en la próxima ciudad de Complutum y que según la tradición eran hijos de Vital avecindado en este vico cuando ellos nacieron.

»—Y creis encontrar aquí esos datos?

»—Humanamente lo creo posible si son fieles las noticias adquiridas; y si los avisos del cielo no fallan, el encuentro será seguro.

»—Celebro señor sus optimismos que, si yo pudiera reforzar con mi cooperación desde luego se la ofrezco y así al menos algo bueno conseguiré de mi viaje de Cesar-Augusta ya que lo principal de él lo

veo tan nebuloso que ni en lo humano ni en lo divino rastreo un rayo de luz que me ilumine. Vos señor buscáis dos niños muertos; y esperáis encontrarlos; yo busco el alma, muerta para mí, de una virgen y no espero resucitarla.

»—¿Tenía algún nombre conocido esa alma de que habláis?

»—Sí; se llamaba Therasia y era hija de Flavio Crescente; hoy es huérfana, vive en Complutum, y digo que está muerta para mí, porque ella es cristiana convencida y yo sigo adorando a los dioses de la poderosa Roma.

»—Por lo que decís deduzco que sois Poncio Meropio Paulino de Aquitania.

»—El mismo, señor. Y vos; ¿sois por ventura el sacerdote cristiano tutor y consejero de la hija de Flavio?

»—El Señor, que sin duda le inspiró el viaje que ha terminado aquí, ha querido también que encuentre sin violencia al sacerdote tutor y consejero de esa excelente doncella por la que asimismo vela la Providencia divina.»

Como resultado práctico de esta entrevista singular entre el venerable sacerdote Asturio y el celeberrimo poeta aquitano, Paulino, pueden considerarse algunos de los pareceres emitidos entonces por varios personajes contemporáneos al suceso a quienes ya verbalmente ya por escrito se consultó acerca de la unión de Therasia con Paulino.

Décimo Ausonio dice en una carta: «*Vertisti, Pauline, tuos du'cissimos mores, ergo meum patriae que decus.*»

Has mudado, Paulino, tus dulcísimas costumbres y por consiguiente mi decoro y el de la patria.

El mismo Ausonio en otra carta: *Si prodi, Pauline times nostraque vereris crimen amiscitiae Tanaquila tua nesciat istud.*

Explicate, Paulino, si tienes miedo o te avergüenza el crimen de nuestra amistad, no digas nada de ella a tu Tanaquila (1).

San Agustín, San Ambrosio y en especial San Gerónimo a quienes se dirigió Asturio pidiendo una solución que no perjudicara a la religión cristiana estuvieron acordes en afirmar que Therasia podía unirse (*matrimonii causa*) con Paulino a condición de que éste pro-

(1) Tanaquila fué mujer de Tarquino Prisco y se pone como símbolo de la mujer dominante, y por esto se moteja con su nombre a Therasia.

metiera no estorbar las prácticas religiosas acostumbradas por su mujer; a bautizar a los hijos (si los había) según los ritos del catolicismo y en caso de vivir a educarlos en conformidad con las doctrinas cristianas.

Therasia, después de saber por relación de Asturio la entrevista habida entre su preceptor y su pretendiente, prometió de verdad que en caso de que el oráculo de la cristiandad, San Gerónimo, no viese repugnancia para su pretendida unión, ella, por su parte, trabajaría cuanto fuese posible para convertir a su marido al catolicismo, haciendo de tan ilustre pagano un eminente santo de la Iglesia católica.

IV

En el año 386, una cuadrilla de jornaleros de Complutum trabajaba con ahinco en el desescombro de un montículo existente en el predio denominado *Campum laudabile*, poniendo en ejecución los planes convenidos antes por los cuatro personajes que, en derredor suyo examinaban con avidez los escombros que del núcleo principal llevaban en espuelas a una hondonada de terreno próxima a los trabajos.

Estos personajes eran Asturio, con su capellán Isicio y Paulino, marido de Therasia, con el viejo mayordomo de la casa de Flavio Crescente. El alma de aquella exploración era el venerable Asturio, cuyas órdenes se acataban sin réplica no sólo por su edad, ya bastante avanzada, sino por la seguridad con que respondía a cuantas objeciones se le hacían en aquel asunto. Una de éstas, con más fuerza que las demás, la hizo Paulino al ver restos humanos casi a flor de tierra en la hondonada de que antes se hizo mención, cuyo hallazgo le hizo exclamar:

«¡Creo ser este el lugar del martirio, que con tanto afán buscamos y por tanto, si ahondamos aquí será casi seguro encontrar entre estos huesos de personas mayores los de los hermanos niños!»

—Eso mismo—contestó Asturio—creyó hace más de treinta años el primer buscador de esos restos, que fué el antecesor al actual arzobispo de Toledo, Audencio, llamado Natal, el cual, según lo que dicen, fué hermano del padre de los santos niños, y en este concepto intentó explorar el terreno donde según tradición se encontraban sus

cuerpos, mas sólo halló confusiones e incertidumbres; por tanto, nosotros, confiados en la misión celestial que se me ha confiado, hemos de trabajar aquí hasta encontrar una piedra labrada que todavía conserva milagrosamente señales de aquel martirio.

Paulino, de fe menos robusta en lo divino que en lo humano, sin oponerse a que los jornaieros de la hacienda de Therasia siguiesen trabajando a las órdenes de Asturio, iba desinteresándose de tal asunto y con sus largas ausencias de Complutum, con motivo de sus viajes al Oriente, a las Gallias y a Italia; hasta se permitía escribir a su mujer ciertas frases de fina sátira referentes a niños que no aparecían ni vivos ni muertos. Con los primeros quería aludir a la esterilidad de Therasia y con los segundos a lo infructuoso de la fe de Asturio.

Dos años de incesantes trabajos de exploración en *Campum laudabile*, no fueron bastantes para hacer titubear la sólida fe de Asturio y de Therasia, que redoblaban sus oraciones a fin de que el Señor acogiese propicio sus respectivas súplicas.

En el año 388 y después de un viaje de Paulino por Italia, que coincidió con la muerte de su enemigo Magno Máximo, derrotado por Teodosio en Aquilea, llegó a Complutum, con el fin de preparar su traslado y el de Therasia a sus haciendas de Burdígala. Grande fué su admiración al ver que Asturio le recibía con un estrecho abrazo, confirmandole el hallazgo de los cuerpos de Justo y Pástor en el mismo sitio por él indicado y profetizándole al mismo tiempo que, si con fe pedía la intercesión de los santos niños en su favor, era casi seguro que su matrimonio con Therasia tendría la bendición del cielo y con ella se verían cumplidos sus más justificados deseos.

— Si vuestro Dios — dijo Paulino — es tan bueno que me otorga lo que mis dioses me niegan, pongo desde ahora en vuestras manos, y a deducir del producto de mis haciendas, cuanto sea necesario para que en muchos siglos venideros la ciudad de Complutum sea un foco permanente de la gloria de ese Dios.

En estas palabras de Paulino, dichas con todo el fervor y honradez propias de su hidalguía, está la clave para deducir que desde aquel momento la venda de paganismo que ceñía su esclarecida mentalidad empezaba a soltarse y que el dedo de Dios, tocando misteriosamente su alma la estimulaba para sentar la piedra angular sobre que habría de cimentarse el edificio moral que primero se llamó Diócesis de Complutum y después de Madrid-Alcalá.

Los hechos que no tardaron en suceder, demostraron que el Dios adorado por Asturio y Therasia había oído el voto emitido por Paulino, aceptándole como bueno. Therasia dió a luz un niño al que se bautizó cristianamente, dándole el nombre de Celso.

En el himno del rito muzárabe, dedicado a los santos niños Justo y Pástor, se lee una estrofa que probablemente alude no sólo al nacimiento de ese hijo con que responde Dios a los votos de su padre, sino también a los primeros fervores cristianos del poeta burdigalés, dice así:

*«Vota cunctorum receptat
et ruentes sublevat.»*

Que quiere decir: Acepta las promesas de todos y levanta a los caídos. Este himno, cuyo autor no consta, es posible fuera compuesto por el mismo Asturio o tal vez por Paulino, que tan versado estaba en estos primores literarios.

V

Al seguir este relato histórico, hemos andado hasta ahora como a tientas en medio de penumbras casi molestas, acuciados por el esplendor de luces lejanas que ya empiezan a esclarecer el ambiente en que nos movemos. Aquel venerable Asturio logró sacar del agreste y antipático rimero de escombros los venerandos restos de los angelicales niños; la estéril Therasia se coronó ya con la diadema de la maternidad, y el pagano Poncio Meropio Paulino ha visto en su hijo primogénito no el apetecible fruto de una voluptuosidad humana, sino un angelito del cielo enviado por Dios con el exclusivo fin de descubrir en su privilegiada inteligencia el velo que le impedía ver el más allá de las cosas de aquí abajo; y al titilar de estas luces vamos a vislumbrar el fin principal de este trabajo, o sea el prodigioso modo con que empezó a formarse la actual diócesis de Madrid-Alcalá, que bien pudiera vanagloriarse con el título de Carpetana típica, pues su primer solar radicó en la Carpetania; su primer obispo, cuando se llamó Complutum, nació en un pueblo próximo a Alcalá, y el primero también, cuando se la denominó Madrid-Alcalá, fué natural de un antiguo solar carpetano en la provincia actual de Guadalajara.

Si a tan ilustre génesis diocesana se agrega la actuación en ella

del que no temo llamar: *El San Agustín europeo*, Paulino de Aquitania, nadie se explicará el por qué en esta espléndida entidad eclesiástica que se llama Madrid-Alcalá estén tan olvidados los nombres Asturio, Therasia y Paulino, y se consienta que sólo a modo de limosna para tan valioso recuerdo histórico haya una calle de tercer orden dedicada a los Mártires de Alcalá.

Como este olvido tal vez pudiera obedecer al desconocimiento de la meritoria labor de estos personajes, creo preciso hacer resaltar en la vida de cada uno de ellos lo que en cualquier historia local merece subrayarse. La ínclita Therasia tendría bastante para que su recuerdo estuviese vivo en esta tierra de mujeres hermosas, el haberlo sido ella antes que ninguna de las conocidas y haber llevado el nombre que, si con etimología griega significa cazadora, en su aplicación castellana, encarnó en mujeres que conquistaron los mejores laureles de la santidad, de la ciencia y de la gracia, en cuyos campos siempre aparece con lozanía el nombre *Teresa*.

Sin Therasia, Poncio Meropio Paulino no hubiera llegado a ser San Paulino de Nola. Sin Therasia, el sacerdote Asturio hubiera sido tal vez arzobispo de Toledo, pero después no hubiera sido el primer Obispo de Complutum. En los escritos de tres lumbreras del saber del siglo iv que se llamaron Agustín de Hipona, Ambrosio de Milán y Decimo Ausonio de Burdigala se lee el nombre de esta ilustre mujer complutense de la que ya ni aun los poetas se ocupan.

El venerable Asturio, sobre la cualidad de haber nacido en nuestra tierra, tiene la de ser considerado grande en saber y en santidad, especialmente en tiempo de San Ildefonso, el cual, en su libro de varones ilustres, hace de él un acabado elogio, procurando poner de relieve sus virtudes. La Iglesia, en el Oficio divino dedicado a los Santos Niños Justo y Pástor, refiriéndose a Asturio, se expresa así: «Este varón santísimo encontró los bienaventurados cuerpecitos de los Niños; edificó para ellos un precioso túmulo y fué tan consecuente en la veneración de estos mártires, que, dejando su silla arzobispal de Toledo, fundó la sede episcopal de Compluto, de la cual no volvió a salir.»

En estas palabras resaltan, por lo menos, tres actos de Asturio dignos de pasar a la posteridad, a saber: erección de un templo material, dimisión con carácter irrevocable de la primera dignidad eclesiástica de España, con el exclusivo objeto de trabajar en favor de

dos mártires cristianos, y creación de una diócesis eclesiástica que, al cabo de mil seiscientos años, había de ser un blasón más de la Corte de España. Con estos recuerdos clavados en el alma, yo he recorrido muchos pueblos, templos y calles enclavados en la diócesis de Madrid-Alcalá y he terminado por decir: ¡Oh, venerable Asturio, perdónanos nuestras deudas!

De Poncio Meropio Paulino (San Paulino de Nola) tengo una nota, tomada en tiempos de mis mayores audacias, que dice así: «Si estuvo domiciliado en Alcalá de Henares; si tuvo una esposa de Alcalá, y si fué padre de un hijo que nació en Alcalá, ¿por qué razón no se le declara, por lo menos, hijo adoptivo de Alcalá primero y después santo del rezo propio de España?»

Verdad es que en estos asuntos hay que hilar muy delgado, mas cuando se puede adquirir un honor sin perjudicar a nadie ¿por qué cruzarse de brazos esperando la llegada del hilandero que traiga el material necesario?

La época del poeta aquitano y santo cuasi español, es quizá la de más interés en la historia del Antiguo Continente, ya que en la segunda mitad del siglo iv es cuando se libran las últimas batallas entre el mundo pagano, que se va, y el mundo cristiano, que llega.

Con el emperador Juliano, que muere en el año 363, el paganismo da su última y más feroz acometida, quedando vencido en las grandes urbes y, como última guarida, se refugia en los campos y pequeñas aldeas (*pagus*), de donde viene su nombre de paganismo (lo que pertenece a pueblo pequeño), y en esta época es cuando entre esas excepcionales inteligencias que encarnan en Décimo Ausonio, Gerónimo, Aurelio Prudencio, Agustín de Hipona, Ambrosio de Milán, Severo Sulpicio, Dámaso, Martín de Tours, Prisciliano, Itacio, etcétera, etc., aparece radiante como literato pagano y esplendoroso como santo cristiano nuestro Paulino de Nola, del que, aún viviendo, decía San Martín de Tours: «Es una de las páginas más gloriosas de este siglo, pues es el primero que ha probado ser posible ejecutar la sentencia de Jesucristo: «Si quieres ser perfecto, vende lo que tienes y dáselo a los pobres».

Si como santo de la religión cristiana figura en el cielo de ella como astro de primera magnitud, en el campo de la literatura y del humano saber también puede colocarse a Paulino entre las primeras eminencias. De él habla un escritor de su tiempo afirmando que domi-

naba toda clase de ciencia y que no era segundo ante nadie en lo que respecta a la poesía y elocuencia «*Paulinus omni liberali doctrina excultus et in arte poetica et oratoria nulli secundus*». Por esto sin duda se comprende el por qué, cuando aún sólo contaba diez y nueve años de edad, es elegido para prefecto de El Epiro y al cumplir los veinticuatro años es elevado a la dignidad de Cónsul, y en este tiempo se presenta en el foro de Roma como defensor de causas, subyugando a los oyentes con su meliflua palabra y su viveza sublime y robusta «*inerat mellea modulatio vegeta et sublimis alacritas*».

Desde tan temprana edad hasta los treinta y siete años, en cuyo tiempo, según sus biógrafos, vivió exclusivamente dedicado a los asuntos de la vida terrena, escribió tal vez tanto como en la otra mitad de su vida dedicada al cultivo y perfección de su espíritu cristiano; pero de esos escritos todo o casi todo se ha perdido, pudiéndose conjeturar que él mismo los hizo desaparecer en atención a su convencimiento de que toda la esencia de la cosas temporales son como el vellón de lana que se esquila. «*Substantiam rerum temporalium quasi tonsile vellus*» dice él mismo.

De ese tiempo se conocen sólo tres poesías, que bastan para aquilatar la fecundidad de su ingenio y de su pluma. Dos de ellas están dedicadas a su amigo Gemidio con motivo de regalarle unos pájaros y unas almejas, y hay que deducir que si un joven se arranca con tan preciosas poesías para enviar tan modestos donativos ¡qué no escribiría cuando exhalase recónditos sentires de su alma!

Cualquiera de nosotros, aunque tenga mucha vena poética, cuando escribe a un amigo quejándose de que no recibe carta suya, lo más que le dice es que hace un siglo o una eternidad que no sabe de él; pues nuestro Paulino para decir esto mismo, escribe (en verso por supuesto) este hermoso principio de carta: «*El cuarto verano ha vuelto a venir para los curtidos segadores y otras cuatro veces el viento ha rizado el cano hielo desde que no ha llegado a mí carta tuya*».

«*Quarta redit duris mesoribus æstas
Et toties cano bruma gelo riguit
Ex quo nulla tuo mihi littera venit ab ore.*»

Y..... no quiero seguir hablando de este hombre cumbre, porque, como decía un amigo mío: con ciertas luces no conviene gastar mucha tinta. Lo dicho basta para admirarle.

VI

El presente relato histórico, desviado de su natural camino para fijar más la importancia de los principales personajes que desarrollan su acción, quedó interrumpido en el tiempo que descubiertos los cuerpos de los Santos Niños, Paulino y Therasia, ven cumplidos sus vivos deseos con el nacimiento de un hijo, al que dan el nombre de Celso.

Este angelito en carne humana es tal vez el destinado por la Providencia para consolidar la ya empezada obra de la diócesis complutense. ¿Qué podría hacer el venerable Asturio con el auxilio, grande sí, pero limitado de Paulino y Therasia? Necesita, entre otros grandes gastos, erigir un templo digno del culto merecido por esos heroicos mártires de la religión, que viene a derrumbar los seculares templos de los dioses del paganismo; necesita, a más de su cooperación moral, crecidas sumas pecuniarias para el complemento de su obra en proyecto, y si Celso hubiera vivido y creciendo llegara a ser hombre, necesitaría la mayor parte de los bienes de su madre; pero este hijo, tan deseado y ya tan querido, muere a los pocos días de nacer y entonces Paulino, ante el cadáver de su hijo, en un arranque de dolor, pero de dolor de intensa poesía, exclama:

«Tu carnea nobis vincula rupisti»

[Tú, hijo mío, has roto el vínculo de carne que nos unía a tu madre y a mí.]

Desde entonces tiene lugar lo que de Paulino dijo San Ambrosio: *«Tunc Therasia ex conjugē illius facta est soror»* [Therasia ya no fué tenida entonces como esposa sino como hermana.]

En este caso singular de lucha entre el amor y la muerte, la segunda no vence al primero, sino que le transforma, no le aniquila, pues al amor verdadero y macizo no hay muerte que le mate; no le envilece tampoco, sino que le eleva dignificándole; por esto Therasia no perdió el amor de Paulino al perderse el fruto de ese amor, sino que la muerte de Celso fué sólo un misterioso impulso que desató el lazo carnal que unía a tan ilustres esposos y el dolor causado por tal desatamiento encendió un nuevo fuego que fundió en una las dos

almas, las cuales, al no ver entre sí resquicio alguno mezquino, sólo anhelaron desligarse cuanto antes de lo que tenía sabor de esa tierra que aprisionaba ya para siempre al pedazo más precioso de sus entrañas.

La resolución tomada por ambos esposos fué, aunque dura, inquebrantable: se desprenderían de todas sus riquezas dedicándolas a los menesterosos y se abrazarían con la pobreza para llegar a la perfección evangélica. Paulino vendería sus bienes y su producto lo repartiría entre los pobres; Therasia no vendería los suyos, sino que transmitiría sus derechos de propiedad a otras personas para que los invertiesen en construir el templo que había de servir de sepulcro a los restos de los santos niños Justo, Pástor y Celso. Hecho este propósito sólo pensaron llevarle a la práctica, comunicando su resolución al venerable Asturio, que, lejos de oponerse, vió en ella la mano de Dios, que completaba la obra de que a él le había hecho el principal instrumento.

Propúsoles el santo varón erigir un mausoleo aparte, dedicado exclusivamente a Celso, en uno de los predios que cedía su madre, para que así quedase alguna memoria; pero Paulino se opuso tenazmente a ello, puesto que su memoria debería raerse de la tierra, en cuanto tuviera algún viso de vanidad, debiendo quedar únicamente el vaho flotante de sus pasadas culpas, que tanto necesitaban de la misericordia divina, la cual confiaba obtener en parte por la intercesión de su hijo, cuyo cuerpecito estando en contacto con la sangre de los hermanos mártires se uniría a ellos para pedir a Dios que purificase el alma de los que le dieron el ser.

*«Ut de vicino sanctorum sanguíne ducat
quo nostras illo purget in igne animas.»*

Paulino, seguido por Therasia, marchó a su patria, donde después de ser bautizado por el obispo Delfino, vendió todos sus bienes, los repartió entre los pobres y volvió a España para vivir oculto a la vista de los hombres; mas las virtudes, a semejanza de las flores, tienen un perfume que no se puede esconder, por esto, el perfume de la santidad de Paulino se extendió mucho, tanto, que, dicen los historiadores, fué ordenado de sacerdote en Barcelona, no a petición suya ni por presentación de un conocido, sino por imposición del pueblo.

Sería alejarse mucho del principal objeto de este artículo el extenderle relatando hechos de Paulino y de Therasia después que el primero recibió la orden sacerdotal de manos del obispo de Barcelona, Olimpio; por tanto, me concretaré a exponer que Asturio empleó varios años en completar la obra por inspiración divina comenzada. Muchos trabajos y mayor número de virtudes debió desplegar en ella; ya que merecieron que los obispos reunidos para emitir voto consultivo y el pueblo con carácter informativo le propusieran para arzobispo de Toledo, cuya elección fué aprobada por el Romano Pontífice, Siricio, el cual tenía noticias fidedignas del santo varón, pues Paulino, después de su ordenación sacerdotal, fué a Milán para conferenciar con San Ambrosio y desde Milán a Roma, con objeto de proponer a este Romano Pontífice sus proyectos de vida monástica.

El Papa Siricio, sucesor del español San Dámaso, gobernó la Iglesia en los años 385 a 398 y en sus últimos años debió aprobar y confirmar la elección de Asturio para la Sede Toledana, pues en el primer Concilio de Toledo que se celebró en el año 400, Asturio firma sus actas como arzobispo de esta Silla, en undécimo lugar, lo que prueba que su consagración episcopal no era reciente.

Los continuos trabajos de Asturio en Cómpluto dan algún motivo para suponer que descuidaba la dirección de su diócesis, lo cual empaña en algo su elevada santidad. Esta suposición debió prevenirla el venerable arzobispo y por esto nombró para auxiliar suyo a Isicio o Hisiquio, virtuoso sacerdote que le ayudó en sus primeras investigaciones complutenses y después le nombró Arcediano de su iglesia, cuyo cargo desempeñaba al ser elevado a la dignidad de corepíscopo, la cual ejerció hasta que a la muerte de Asturio fué elegido Arzobispo de Toledo.

La mención de este ilustre eclesiástico toledano, es de interés por la luz que aporta para explicar la renuncia de Asturio al Arzobispado de Toledo y la época aproximada de la creación de la diócesis de Complutum, que puede fijarse entre los años 404 al 408 de nuestra Era.

Al consignar esta fecha y querer dar por terminado este ya pesado relato, me acucia el deseo de escribir una cuartilla más dedicada a pedir, o mejor dicho, a suplicar a las autoridades, tanto eclesiásticas como civiles de esta diócesis y provincia de Madrid, que olviden el hilván de prosa que precede, pero que conserven en la memoria para

honrarles los nombres de *Paulino*, *Therasia*, *Asturio* y *Celso*, y desisto de escribir lo que intentaba, porque llega a mis manos, conmoviéndome su lectura, un libro viejo, titulado *Corte divina*, impreso en Madrid en 1675, en el que su autor, Nicolás Causino, publica estos interesantes datos:

«Día 8 de marzo. En Alcalá de Henares, San Asturio, Arzobispo de Toledo, que descubrió los cuerpos de Justo y Pástor, fabricoles templo, ordenoles oficio y haciendo Silla episcopal a Cómpluto dejó por ella la de Toledo.»

«Día 22 de junio. En Barcelona, los santos Paulino, Teresa su mujer y Celso su hijo.»

Habrà, tal vez, quien salte diciendo que el autor de ese libro es un anormal o un maniático, que desfigura la historia patria: ante esa opinión, que tal vez sea respetable, yo sólo puedo contestar, después de mis escarceos por archivos y bibliotecas, que estoy saturado de la misma manía, y en este caso se dará en Madrid el singular de contar en sus crónicas con dos maniáticos por la glorificación, en la Villa y Corte, de Paulino de Burdígala, de Therasia de Complutum y de Asturio de Toledo, y la desgracia será que a estos dos maniáticos no se una un tercero sin discordia.

IGNACIO CALVO.

Museo Arqueológico Nacional.